

CHILE

Las noticias que llegan de Santiago indican que la experiencia del liberalismo democrata cristiano del Presidente Eduardo Frei está llegando a un fin melancólico. Se extiende por el país una epidemia de huelgas. Huelgas reivindicatorias de reformas de base, huelgas por aumento salarial, huelgas de protesta contra cualquier cosa, huelgas de estudiantes por la voluptuosidad de la huelga. La situación económica está en vísperas del colapso total, arruinada por los favores de la demagogia política y sofocada por una deuda externa de casi dos billones de dólares, fantástica para un pueblo de apenas 9 millones. El cuadro político es aún peor. El Partido Demócrata Cristiano, que conquistó el poder hace tres años en una gloriosa cruzada, en que Eduardo Frei venció la amenaza de los comunistas liderados por Allende, fué minado por dentro por las ambiciones políticas de sus facciones. Dividido hoy en alas y subalas, derrotado en tres elecciones sucesivas, cercado por las coaliciones de los radicales, socialistas y comunistas, se insubordina contra el Presidente y recurre a las posiciones de extrema izquierda, para tentar aún mantener el dominio del electorado inestable y descontento.

¿Cómo explicar ese desmoronamiento de la gran aventura de la Democracia Cristiana en Chile? ¿Cómo interpretar el fracaso de la "tercera solución" que América Latina y los inocentes intelectuales americanos de la New Frontier consideraban la única receta política capaz de combatir la amenaza comunista en el mundo de miseria y de inconformismo de nuestro Continente?

Nosotros en Brasil, que ya tuvimos nuestra experiencia con los demócratas cristianos, podríamos haber vaticinado el triste fin del Gobierno Frei. Cierto tipo de demócrata cristiano es la víctima de su complacencia con el comunismo. Aceptando muchas de las premisas comunistas, acompaña el juego político de éstos, adoptando sus "slogans", tomando prestado sus técnicas, imitando su dialéctica, procurando una solución de compromiso, que concilie la preservación de la democracia liberal con la implantación de un régimen socialista moderado.

Como el demócrata cristiano disputa con los comunistas el mismo liderazgo de masa, y como lleva el rótulo de "cristiano", tiene que probar en todo momento que no es reaccionario. El resultado es que frecuentemente este demócrata cristiano es más extremado en su radicalismo que el propio comunista, incidiendo en el grave pecado que se llama, en jerga de Moscú, sectarismo de izquierda. Nosotros tuvimos nuestra muestra de eso, con hombres como Paulo de Tarso y Max da Costa Santos. La Democracia Cristiana comete el error que muchos políticos brasileños y algunos de mayor envergadura intelectual cometieron: pensar que pueden hacer de los comunistas un útil instrumento de acción política, para beneficio de sus intereses. Los que se dejan llevar por esa ingenuidad terminan siendo, ellos mismos, instrumentos de la dialéctica marxista, que tiene cincuenta años de experiencia en el poder y que no es tan fácil de engañar.

La situación de Chile es hoy un retrato fiel del cuadro que tuvimos en Brasil en los dos últimos años del Gobierno Goulart. Las vanas tentativas de saciar por las concesiones repetidas al Baal de la demagogia reivindicadora de izquierda llevaron al país al borde del caos. Y el caos es el objetivo de los comunistas, pues significa el atajo para la implantación de la dictadura socialista.

La única solución política para la América Latina subdesarrollada, sin justicia, rebelde, es la estabilidad por el fortalecimiento del poder de Gobierno. La estabilidad mexicana debajo de la organización partidaria todopoderosa es una lección para nosotros.

Eduardo Frei, el estadista del milagro que no hubo, está hoy ante una opción. O decide ejercer con mano de hierro el resto de su mandato, reduciendo los focos de desorden y agitación -para lo cual las Fuerzas Armadas chilenas le darán seguramente el necesario apoyo- o sigue el melancólico camino de la demagogia desenfrenada, de la pandilla izquierdizante. En ese triste camino estará siguiendo las huellas aún frescas de João Belchior Marques Goulart. Y el cruzado de la esperanza de la Democracia Cristiana no escapará de pasar a la Historia como un nuevo João Goulart. Sólo que será un João Goulart honesto.